

princesa de la sangre, atañía el privilegio de la camisa en el código cortesano á ésta. Cierta fría mañana de invierno hallábase la Reina desnuda y tiritando al pie de la cama, en espera solemne de la necesaria camisa. Teníala ya cerca del cuerpo la Campan, según ella misma en sus Memorias nos recuerda, y aparece la dama de honor, que reclama el privilegio correspondiente á su alta dignidad y á su oficio palaciego. La pobre azafata le cede la camisa. Pero la etiqueta ordena que quien le ponga el interior lino á la Reina deberá ponérselo sin guantes, y como los llevase la dama de honor muy puestos, pasó largo espacio en quitárselos. Apenas se los había quitado, cuando aparece la duquesa de Orleans, y como princesa de la sangre tiene su primacía sobre la dama de honor en esto de vestir las regias camisas á los reales cuerpos. Mas no puede la dama de honor ceder directamente á la princesa el fino lienzo y ha de pasarlo á las azafatas, para que las azafatas lo pasen á quien les toca y le corresponde ceñirlo á María Antonieta. Entrégalo madame Campan á la duquesa de Orleans, y apenas lo ha cogido ésta en sus manos, cuando aparece la condesa de Provenza en el regio gabinete. Mujer ésta del hermano mayor de Luis XVI, como sabemos, tiene superioridad, por princesa de la rama directa que constituye la dinastía, sobre princesa de la sangre, y damas de honor y azafatas de servicio, en esto de ceñir las camisas á María Antonieta. Por ende la de Orleans entrega de nuevo á madame Campan la regia camisa, y madame Campan vuelve á entregarla, en cumplimiento de sus deberes, á la condesa de Provenza, mientras la Reina cruzaba los brazos sobre su cuerpo, desnudo como el de Eva, dando diente con diente al frío que hacía en el desabrigado palacio. Mas no pararon aquí las desgracias. Púsole á María Antonieta su cuñada con tal desgracia la camisa, que le descompuso el peinado, en cuya fábrica se había invertido toda la mañana. Echóse á reír la Reina, por complacer á su hermana, pero en su interior exclamó: «esto es odioso».



CAPÍTULO VIGÉSIMO-SEXTO

La jura en el Trinquete.

MIENTRAS el Estado popular iba por tal manera, como la 'historiada en los capítulos anteriores, revelando el espíritu nacional y sustituyendo la nación, el Rey, con su consorte, iba separándose del seno suyo, y apercibiéndose, taimado, con inconcebible imprevisión, un regreso violento al régimen absoluto. Contaban los representantes del trono las cosas más extraordinarias de los representantes del pueblo. Decían los primeros que los segundos imputaban todos los males públicos á la pachorra del Monarca y á los despilfarros de su mujer. Los suponían imbuídos de supersticiones republicanas cuando ignoraban qué cosa fuese República los mismos destinados á fundarla. En las tertulias de Versalles hacíanse lenguas los cortesanos de la finura del estado aristocrático, al par que renegaban de la dureza del estado popular. Mil consejas andaban de labio en labio. Diz que creían los provinciales á Trianón una Babilonia y se quedaban atónitos, al visitarlo, por encontrarse con una mera granja. Recorrian en tropel tan diminuto palacio y molestaban á sus guardianes, preguntándoles por el salón cuajado de pedrerías. El Rey excusaba tanta ignorancia, en la creencia de que oyeran los cuitados campanas sin saber en dónde y tomaran una decoración de mágica gruta, cuyos telones representaban perlas recién cuajadas y brillantes recién cristalizados en el teatro de Fontainebleau, por cámara verdadera y real, construída en el teatro de Trianón para contener y ostentar inverosímiles riquizas, atribuyendo tales erróneos conceptos del

esplendor y lujo de sus viviendas á los pobres guardias de Corps, idos desde provincias á la corte, y vueltos desde la corte á provincias, con fábulas y cuentos de maravillas abultadas de labio en labio y pervertidas de oído en oído, hasta componer así extraordinaria leyenda. La Reina se quejaba todavía más que su esposo de las fábulas esparcidas en el pueblo y aceptadas por sus diputados como cosa y moneda corriente. Aseguraba conocer de buena tinta la opinión extendidísima con que los murmuradores afeaban al Rey, calumniándolo con imputación de falsos y mentidos excesos en la mesa. Y añadía que aún se quedaban cortos los que le creían un glotón; porque muchos le apodaban borracho, á causa de que, fatigándose con frecuencia en las cacerías de Rambouillet, llegaba dormido siempre al patio de Versalles en su coche de camino, y subía luego la escalera tambaleándose como quien es presa de un sueño impuesto por una sobrada bebida. Reuníanse con todos estos disgustos en las personas reales por los negocios públicos, disgustos todavía mayores por la familia y las cosas domésticas. En aquellos días acababa la Reina de perder su infantita Sofía, cuando apenas contaba ésta un año, y aún tenía nodriza, desgracia que se le apareció como fuente y origen de todas sus desgracias, aun de aquellas menos imputables á la estrella ne fastísima de su regia familia. De sus dos hijos, el segundo, duque de Normandía, salió listo y guapo y robusto; el primero, delfín de Francia, triste y contrahecho. Aunque viviera poco, sobrado tiempo tuvo de saber en qué marca de maldición había venido al mundo, pues lejos de parecer un Rey por su gracia y majestad, parecía un enano de los convertidos por el régimen antiguo en payasos y bufones. Como si atribuyera instintivamente sus defectos corporales á la madre, y no pudiese, como buen hijo, desarmarla, se indisponía con todos cuantos la cercaban, y especialmente con la duquesa de Polignac, de quien decía que no le era dado sufrir los olores, cuando la gran señora no usaba ningún perfume. La mayor, entre tantas tristezas sufridas por esta causa, fué sin duda la consiguiente á una petición del hijo para que la madre lo llevase consigo al trono, en su infantil deseo de ver la recepción de los embajadores del sultán, capricho que no pudo satisfacer la Reina por el temor á que se burlara y se riera el público de la deformidad del mísero delfín. Murió bajo el peso de tantas enfermedades en flor éste; y su muerte, coincidiendo con las discordias sobrevenidas entre la corte y las Cortes, aumentó sus tristezas, imputadas por la malicia popular al sentimiento que tenía la Reina por los progresos del pueblo y á las impaciencias por una pronta desmedida reacción; de modo que hasta los dolores con que Dios la probaba, se volvían como áspides contra la Reina, y aumentaban desgracias, en parte producidas por voluntariedades múltiples, congénitas con su temperamento, y en parte por decretos inexorables del hado. Así, todos sus allegados y amigos estaban hechos de hieles contra los representantes del pueblo.

Figuráos, en tal estado de las gentes palaciegas, lo que pasaría en palacio cuando se vió que la clase popular traía simplemente al Congreso aquel para que sudara sobre los ar-

cones reales sus tributos, se había trocado en toda la nación y se habían concedido á sí misma un poder soberano. La corte aparecía como huída de su propia obra y no adivinaba si aquello era ó rebelión ó locura. En tan crítico momento convenía seguir uno de estos tres procederes; ó una conciliación, de la cual resultara el equilibrio entre todos los poderes públicos; ó una entrega legal á los Procuradores, ó una resistencia incontrastable. La corte no quiso adoptar ninguna de estas tres líneas, en cada una de las cuales podía encontrar, si no la victoria, la honra. Un Rey, que se imaginaba descendiente de los dioses y que se creía llamado á unir los tiempos pasados con los tiempos por venir, eslabón entre sus abuelos y sus descendientes, para transmitir de siglo en siglo y de generación en generación su autoridad y su nombre, valiase de baldíos expedientes, de medios términos y medidas cobardes, de treguas y dilaciones, del acaso, como verdadero adorador de la incertidumbre; perplejo siempre, pues nunca se atrevió á llegar hasta el fondo de los asuntos y decidirse á las grandes resoluciones por el pueril temor de molestarle. Su ánimo era resistir. Pero en vez de mandar un general á la nacional Asamblea, ya que tanto deploraba el desacato y tanto temía el desquite, manda un maestro de ceremonias; en vez de cerrarla con un decreto y disolverla con un ejército, túrbala con triste nube de carpinteros y de tapiceros que la molestan y la impiden reunirse en la sala de sesiones. Mala política, trayéndole inconvenientes que hubieran resuelto una decisión firmísima, y resultado ninguno. El día 15 la Asamblea se había constituido, y el 16 había resuelto que ningún tributo se pagara, sino por su voto; manteniendo, en atención á la prudencia y á la razón de Estado, las cargas existentes, hasta el día en que se discutieran y se alteraran. En la mañana del 17, Bailly, presidente, recibe un recado de la Cancillería de palacio, diciéndole que se presente á oír una carta del Rey. Pero, así como el Rey no pudo recibir á Bailly días antes, por hallarse divirtiéndose de caza, Bailly no pudo acceder á la demanda del Rey en aquella mañana, por hallarse asentado en la presidencia. Solamente á las cinco de la tarde fué al palacio de la Cancillería y tomó la misiva. Era ésta una reconvención á los diputados del pueblo por sus pretensiones; y no quisieron ya contestarla, por haber convenido y redactado el día antes un mensaje dando cuentas al Monarca de todos sus actos con toda la solemnidad de previa y anticipada respuesta. Imagínese cuánta sería la extrañeza y aun la indignación de aquellos señores acostumbrados á vivir en una nube de incienso y á escuchar un concierto perpetuo de eternas alabanzas y cumplimientos eternos.

En aquel momento se patentizó la previsión de los Papas oponiéndose á que los privilegios eclesiásticos fuesen hereditarios al objeto de que nunca pudiese una casta constituirse con ellos, ni fueran transmisibles á los herederos y sucesores después de su muerte. La base mayor de las castas aristocráticas habíase hallado desde tiempo inmemorial en la distinción y separación de los espíritus, provinientes unos de la cabeza del Dios y otros de las plantas de ese mismo Dios que los había criado á todos. Y este privilegio,

con preceder al nacimiento natural de las generaciones, coetáneo á la creación de los espíritus, se vinculaba en una especie de patriciado espiritual y se transmitía por herencia desde la eternidad á los tiempos más remotos y á los hombres más apartados en la sucesión nunca interrumpida de todos los nacidos y en el curso eterno de todas las edades. Impidiendo la organización dada por Gregorio VIII á la Iglesia todo privilegio y distinción de nacimiento, así como limitando el goce de los privilegios á la vida de los privilegiados y no más allá, hizo imposible que se constituyesen las castas y que pesasen éstas, atadas y ceñidas al pie de los altares, sobre las ergástulas. ¡Cuál diferencia entre los nobles, representantes de un privilegio hereditario; y los sacerdotes, que si no representaban la elección popular, indudablemente representaban una selección espiritual! Aquellos, los nobles, tenían que oír la voz de sus progenitores y temer las reconvenciones lanzadas desde sus marmóreos panteones sobre quienes menguaban el tesoro secular de sus privilegios, y tenían también que atender á sus hijos, los cuales de seguro les aguardaban en los sombríos castillos para decirles, al verlos volver de los Estados Generales, que deseaban quedar por lo menos iguales á ellos en fuerza y en poderío. Este momento sublime de la reunión del pueblo francés en la primera Asamblea Nacional y de los comienzos del ejercicio de su inmanente soberanía, demuestra cómo con la nobleza iba el espíritu invencible de casta, mientras con el clero sólo iba el espíritu invencible de clase. Por muy revolucionaria que apareciese la nobleza en este instante supremo, siempre el Rey se acercaba en el principio de la herencia; y por muy reaccionario que quisiese aparecer el clero, siempre debía notarse que dimanaba de un origen más democrático que los orígenes de las castas y constituía una República cristiana. Por eso, mientras los nobles repugnaban sumarse al pueblo, los clérigos iban hacia el pueblo, impulsados por su interior naturaleza y por su heredada historia. Nada más lógico que todo cuanto estaba sucediendo y nada más en ajustada congruencia con el ministerio que debía cada clase de aquellas desempeñar en la sociedad y con el fin que debían cumplir en el Estado.

El día 20 de Junio amanece, y con sus albores amanecen también risueñas esperanzas. La firmeza á la resolución del tercer brazo han venido al clero. Todo el brazo eclesiástico se congrega juntamente con el brazo popular. Los ministros del Dios Crucificado van á dar un ósculo de paz á los representantes del oprimido pueblo. La religión y la democracia, que se necesitan mutuamente, van á confundirse una con otra en aquel día solemne, quizá el mayor día de la Historia. Imagínese qué apresuramiento pondría el pueblo, no acostumbrado á estos espectáculos parlamentarios, en ir á ver cómo se reunían los hijos de Francia en la efusión del mismo entusiasmo, y dejaban aislada la nobleza, como están aislados los castillos en los campos, y los buhos en los castillos. Efectivamente, si las consecuencias no parecían á la débil vista humana contradictorias con las premisas, todo el mundo comprendería la imposibilidad de que los ciudadanos hubieran llegado á igualarse

hoy en el derecho, sin tener antes aquella igualdad religiosa consagrada por la sangre del Calvario, y que, derivándolos á todos de un mismo Creador, sin distinción de clases, llamándolos á todos á un mismo destino allá en la otra vida, preparaba la igualdad revolucionaria. Verdaderamente, el espectáculo merecía ser presenciado. ¿Cuál no sería la extrañeza de cuantos se encaminaba á la sesión ordinaria oyendo los heraldos del Rey gritar por las encrucijadas de Versalles que el 22 de Junio habría sesión regia, y que, por lo mismo, quedaban suspensas hasta ese día solemne las Cámaras? Un destacamento de guardias franceses tomó posesión del edificio, y una nube de trabajadores entró á recomponer y aderezar la sala ocupada por el Estado Llano, donde solía celebrarse, como solíamos decir en nuestra habla parlamentaria de otros tiempos, el solio. En este momento supremo se vió con claridad cómo no entendía el Rey una palabra siquiera de la revolución que acababa de estallar en el pueblo. Cuando los representantes legítimos de la nación entera se congregaban en sesiones, de las cuales nueva sociedad surgía, emperrábase con pueril emperramiento Luis XVI en perderla sin remedio antes de su natividad, conjurándola con execraciones litúrgicas semejantes á magias y á cábalas de los hechiceros acreditados en las sociedades asiáticas y en los imperios faraónicos.

Mientras el Rey preparaba su regia mansión, á las nueve de la mañana, el presidente Bailly, los secretarios, la mesa entera de la Asamblea, con gran multitud de diputados, se presenta en el vestíbulo y quiere penetrar en el salón. Los guardias les rechazan y les impiden el ingreso en cumplimiento de su rigurosa consigna. El presidente pregunta por el oficial de guardia, y al presentársele, requiérelle con imperio para que franquee el paso al poder que tiene su asiento en aquel edificio. El oficial se excusa con las órdenes recibidas é irrevocablemente observadas, añadiendo el pretexto ya escogitado de una imposibilidad material de la reunión por la multitud de objetos que llenan la sala y la multitud de tapiceros y carpinteros que en su arreglo y ornamentación trabajaban. El presidente, poseído de la enorme alteza del ministerio que ejerce, y agraviado por la herida mortal que en su pecho abre aquella injuria, protesta enérgicamente contra el atentado, y dice que la sesión se considerará abierta y se celebrará siquier sea al aire libre y en medio de los campos. La mañana es triste y lluviosa, bien diferente de aquella espléndida mañana del 4 de Mayo en que reinaba tanta alegría en el cielo y tanta esperanza en los corazones, como, si á medida que se obscurecían los ánimos se obscurecieran también los aires por una de esas desconocidas relaciones entre el mundo interno y el mundo externo, que la ciencia no explica, pero que expresa admirablemente el arte. Y en esta mañana lluviosa, los que representan la nación, los que traen á las arcas reales tan pródigas los tributos del pueblo, los que tienen la inviolabilidad de su ministerio nacido de la fuerza de sus poderes, se hallan, al ir á reunirse en aquella ciudad de los palacios, donde la Monarquía ha gastado tres mil millones sólo en procurarse alojamiento y donde cada noble tiene una vivienda